

«Logroño, mon amour» Álvaro de Laiglesia

—PIÉNSALO BIEN —insistió Tomás, mientras Carlos sacaba más ropa del armario para guardarla en la maleta—. Ya tienes edad para dominar tus sentimientos y no hacer tonterías.

—No me dices nada nuevo —suspiró Carlos—. Eso mismo me lo he estado repitiendo miles de veces, pero sin ningún resultado.

—¿Te vas entonces?

—Sí. Ese sentimiento ha llegado a ser más fuerte que yo y no puedo dominarlo.

—Lo dices tan serio que me lo voy a creer.

—Créetelo porque es verdad —aseguró Carlos, aplastando con las dos manos el contenido de la maleta casi llena, para aumentar su capacidad—. Si no lo fuera no me marcharía tan precipitadamente, sin despedirme de nadie. Porque si no llegas a venir a darme ese sablazo, ni siquiera me hubiera despedido de ti.

—¡Qué cochinado! —se ofendió Tomás—. ¿De veras tenías la intención de hacerle esa faena a tu mejor amigo?

—Los hombres que huyen, no pierden el tiempo despidiéndose de sus amistades —sentenció Carlos—. Y este viaje mío es una huida. ¿Qué hora es?

—Las once menos veinte —dijo Tomás consultando su reloj.

—A las once estoy citado con ella. Como todos los días. En el sitio de siempre. En el mismo bar y en la misma mesa donde la conocí.

—¡Qué romántico! —se burló Tomás.

—Romántico e incluso cursi.

—Para mí, ambas palabras significan lo mismo.

—Pero quítale al amor el romanticismo y la cursilería —continuó Carlos—, y le habrás quitado todo el ropaje que lo adorna.

—Pues de eso se trata precisamente en el amor: de quitarse todo el ropaje.

—No seas vulgar —le reprochó Carlos.

—Y tú no seas hipócrita —se defendió Tomás—. Porque cuando llegaste a Torremolinos, buscabas la misma vulgaridad que todo el mundo: cepillarte a una sueca.

—Perdona, pero estás muy equivocado —le corrigió Carlos—. Yo vine a Torremolinos por prescripción facultativa, a reponerme de una pleuresía que pesqué este invierno.

—Pues a mí me dijiste —insistió Tomás— que querías cepillarte a una sueca.

—Yo no pude decirte esa ordinariez —rechazó Carlos—, porque jamás he empleado el verbo «cepillar» en esa acepción que tú le das. No niego, sin embargo, que en el curso de las conversaciones que sostuvimos a mi llegada, mencionase que no me desagradaría sostener una pasajera relación carnal con alguna turista nórdica.

—A eso le llamo yo cepillarse a una sueca. ¿Admites que me hablaste de eso?

—Acabo de decirte que no lo niego. Es lógico que surgiera el tema en nuestra conversación, puesto que soy español y reacciono ante los «bikinis» como cualquiera de mis compatriotas. Pero de eso a afirmar que el objetivo de mi viaje era satisfacer mis instintos lujuriosos, hay un abismo.

—Pues si no era ése tu objetivo —se puso pesado Tomás—, ¿qué necesidad tenías de venir a Torremolinos? Hay playas mucho menos divertidas y bastante más apropiadas para convalecer de una pleuresía.

—Vine a Torremolinos porque conozco al dueño de este hotel, y me hace un descuento del treinta por ciento en el precio de la pensión completa. Pero a veces, por hacer una economía, nos buscamos la ruina.

—Porque tú no supiste controlarte, y has tomado demasiado en serio tu aventurilla veraniega con una pelandusca.

—Sé que lo dices para ayudarme a reaccionar, y por eso no te parto la cara —dijo Carlos, comprensivo—. Pero te consta que ni yo he vivido una simple aventurilla ni Monique es una pelandusca.

—Hombre —no quiso comprometerse Tomás—, yo en realidad sólo puedo emitir una opinión superficial, porque he presenciado vuestro idilio desde lejos: siempre que estabas con ella y yo pretendía acercarme, me dabas esquinazo.

—Pero la conoces lo suficiente para darte cuenta de que no es una turista cualquiera. Alguna vez que no logré darte esquinazo, te sentaste a tomar una copa con nosotros. Además, estabas conmigo cuando la conocí. ¿Te acuerdas?

—¿Cómo no voy a acordarme, si ni sé cómo te saludo después de la faena que me hiciste aquella noche? —gruñó Tomás—. Como acababas de llegar y buscabas plan, me brindé a servirte de alcahuete presentándote a dos amigas mías.

—Fue un detalle por tu parte que nunca olvidaré. No por tus amigas, que eran un par de alemanotas que parecían una pareja de la Guardia Civil, sino porque gracias a la cita que tenía contigo acudí a ese bar: al «Manzanilla a gogó».

—Pero acudiste tardísimo, cuando la pareja de prusianas ya se había soplado ochenta duros de consumiciones —siguió reprochándole Tomás.

—Porque tuve que asistir a una cena de gala en honor de un príncipe negro que se hospedaba en este hotel y a la que el director me invitó —dijo Carlos.

—Pues cuando llegaste al «Manzanilla a gogó», yo también estaba ya negro por el plantón que me habías dado.

»—¡Ya era hora! —exclamé con alivio cuando al fin apareciste de *smoking*, hecho un brazo de mar, pues mis alemanas seguían tragando cañas de manzanilla como si fueran de cerveza—. Si llegas a tardar un poco más, encuentras a esas mozas debajo de la mesa.

»—Perdóname —te excusaste—, pero por su robustez y corpulencia parecen capaces de aguantar todo lo que se les eche.

»—Pero la que no aguanta más es mi cartera, porque ya se han bebido cuatro botellas. Y aunque aquí la manzanilla es barata y la pagas en pesetas, el «a gogó» sale carísimo porque te lo cobran en dólares.

»Y a continuación te presenté a mis dos amigas, que se mostraron encantadas de conocerte:

»—Esta es Frida, y ésta Elsa.

»—¡Kaballerro español! —exclamó la menos chufa de las dos, mientras la otra sonreía estúpidamente pues ya no estaba en condiciones de pronunciar ni una sola palabra.

Carlos, mientras metía en la maleta unas camisas que había sacado del armario, añadió recordando también lo ocurrido aquella noche:

—Y cuando yo me disponía a sentarme junto a las robustas valquirias, para participar en aquella tremenda juerga que me habías organizado, una mujer que ocupaba la mesa contigua me hizo un ademán y me llamó:

»—¡Camarero!

»Era Monique. Estaba sola; y tan guapa, que me la quedé mirando descaradamente.

»—¡Camarero! —repitió ella impacientándose, al observar que yo no acudía a su llamada.

»—¿Es a mí? —pregunté acercándome a su mesa, divertido al comprender que mi *smoking* era el culpable de su equivocación.

»—¡Naturalmente! —confirmó ella, en su perfecto castellano con leve acento francés—. Sírvame otra copa de lo mismo.

»—En seguida —dije metiéndome en el papel que la guapa me asignaba—. ¿Qué estaba usted tomando?

»—Pequeña manzana.

»—¿Cómo? —me extrañé hasta que comprendí—. ¡Ah, sí! Quiere usted decir manzanilla.

»—Eso. Manzanilla, en francés, se dice *petite pomme*. Y la traducción literal de *petite pomme*, es pequeña manzana. ¿Dónde está la diferencia gramatical?

»—No sé dónde estará —respondí—, pero la hay. Porque si pide manzanilla, le servirán vino; y si pide «pequeña manzana», a lo mejor le sirven sidra.

»—Entonces, pido manzanilla. »

—Ahora mismo se la traigo.

»Retrocedí hasta tu mesa, agarré una de las botellas que tus amigas no habían vaciado aún, y volví junto a Monique.

»—La señorita está servida —dije muy finamente, llenando su copa.

»—Me asombra su rapidez —comentó ella—. Me habían dicho que los camareros españoles tardaban horas en servir.

»—Calumnias de la leyenda negra —aproveché la ocasión para meter una cuña patriótica—. La verdad es que somos tan veloces, tan serviciales y tan simpáticos, que no parecemos camareros. ¿Desea alguna cosa más?

»—Sí. Dígame cuánto le debo.

»—¡Por Dios, señorita! Me ofende usted.

»—¿Por qué? —se asombró Monique—. No irá usted a decirme que los camareros españoles son también tan caballerosos que se ofenden cuando la clientela les quiere pagar.

»—Cuando la clientela no va acompañada y es tan guapa como usted, sí —dije galante—. En estos casos, invita siempre la casa.

»—Pues dele muchas gracias a la casa.

»—De su parte —prometí, al tiempo que me sentaba junto a ella. »

—Pero ¿qué hace? —se sobresaltó—. ¿Cómo se atreve a sentarse?

»—Es otra atención de la casa —expliqué muy serio—. Cuando alguna cliente viene sola, tenemos orden de sentarnos con ella para darle conversación. Gratuitamente, por supuesto. No tendrá que abonarme nada por este servicio. Así como existe el de “ayuda en la carretera”, aquí hemos organizado el de “consuelo en la soledad”.

Tomás movió el cabeza lleno de dudas mientras preguntaba:

—¿Y ella se creyó todas esas majaderías que inventaste?

—No —dijo Carlos, terminando de meter en la maleta las camisas—. Se dio cuenta en seguida de que todo era un truco. Pero le hizo gracia, y logré mi propósito de que hablara conmigo. Así empezó nuestro idilio.

—Poniendo en peligro nuestra amistad —gruñó Tomás—. Porque además de beberte mi vino, no volviste a mi mesa en toda la noche. Y tuve que cargar yo solito con la pareja de prusianas que te había preparado.

—Pero nunca olvidaré el favor que me hiciste citándome en el «Manzanilla a gogó», donde conocí a Monique. Y donde a partir de aquella noche, me reuní con ella todos los días. En ese mismo rincón, fuimos intimando y conociéndonos más a fondo.

»—¿No cree usted —le propuse yo en nuestra segunda cita— que deberíamos tutearnos?

»—¡Oh, no! —rechazó ella—. En Francia sólo es posible el tuteo después de alcanzar un alto grado de intimidad.

»—Pues en vista de lo bien que nos llevamos, por mi parte no hay ningún inconveniente en que lo alcancemos.

»—Pero por mi parte, sí. Antes tengo que convencerme de que no es usted como todos los españoles.

»—Eso se ve a simple vista: yo soy un poco más alto.

»—No me refiero a su aspecto, sino a su forma de ser —aclaró Monique—. ¿Quién me dice a mí que no es usted el típico español que sólo busca una aventura?

»—Se lo digo yo mismo y puede creerme —afirmé muy serio—. Además, basta con mirarme para darse cuenta de que no soy el prototipo del don Juan veraniego, que anda por las playas a la caza de turistas. Míreme.

»—Ya le veo.

»—¿Y qué le parezco?

»—¡Psch! —dijo ella sin querer comprometerse.

»—Fíjese en mi pelo y en mi piel —señalé—. Esos donjuanes playeros son morenos y bronceados por el sol. Yo, en cambio, soy castaño y paliducho. ¿Eso no basta para tranquilizarla?

»—No.

»—¿Qué más pruebas quiere? —pregunté.

»—Quiero saber algo de usted, como usted lo sabe de mí. Porque yo le he contado mi vida, pero aún no he conseguido que me cuente la suya.

»—Si de veras le interesa la historia de un hombre solitario, que a los treinta y cinco años no ha encontrado todavía la felicidad... —empecé a decir, pero me interrumpí para suspirar.

»—Ese principio ya resulta interesante.

»—La simpatía que usted me inspiró desde que la conocí —continuó—, obedece sin duda a ciertas afinidades que nos aproximan en varios terrenos.

»—¿Ah, sí? —noté que seguía interesándose Monique.

»—Sí: en el terreno familiar, yo también soy huérfano. Y en el profesional, también soy artista.

»—¿Es posible? ¡Qué feliz coincidencia! —exclamó ella, apresurándose a aclarar —: Al decir feliz me refiero solamente a la afinidad artística, y no a la orfandad.

»—Claro, claro.

»—¿Y qué clase de artista es usted?

»Dudé un momento, para elegir una palabra bonita:

»—Plástico —fue la que elegí—. Hago retratos.

»—¿De manera que es usted pintor? ¡Qué maravilla! Yo admiro la pintura tanto como la música. Ésas son las dos únicas Bellas Artes que me emocionan: pintar y tocar.

»—También a mí —me alegré—. Porque yo también, siempre que puedo, toco. Por afición, ¿comprende? Soy muy aficionado a tocar. De modo que ya tenemos otra afinidad común.

»—¿Y pinta usted aquí, en la Costa del Sol? —siguió preguntándome ella.

»—No. Aquí no pinto nada. He venido a descansar. Tengo un estudio en Madrid, donde trabajo muchísimo. Pero el éxito no me ha dado la felicidad. Vivo solo, buscando en el Arte las satisfacciones que la vida me negó. »

—Entonces, ¿es usted soltero?

»—Desgraciadamente, sí —suspiré—. Hasta ahora no he encontrado la mujer soñada, con suficientes afinidades espirituales para comprenderme y curarme.

»—¿Curarle? ¿Está usted enfermo?

»—De angustia vital.

Carlos hizo una pausa en su relato, y su amigo no pudo contenerse:

—Pero ¡qué sarta de embustes! —exclamó Tomás, asombrado—. ¿Cómo pudiste inventar tantas mentiras seguidas?

—También conté alguna verdad —se defendió Carlos—. Por ejemplo, que soy huérfano.

—De madre nada más. Porque tu padre vive todavía.

—Sí. Pero es tan viejecito...

—De todas formas, es sólo una verdad a medias.

—Tampoco es mentira que soy artista.

—Pero no pintor, porque tú no has cogido un pincel en tu vida —le apabulló Tomás.

—Eso se le ocurrió a ella, cuando le dije que hacía retratos. Yo no hice más que seguirle la corriente.

—Podías haberle aclarado que eras fotógrafo.

—Podía —admitió Carlos—. Pero a Monique le hizo tanta ilusión que yo pintara...

—En vista de lo cual, seguiste pintándote un autorretrato completamente falso.

—¿Qué querías que hiciera? —siguió defendiéndose Carlos—. ¿Contarle la verdad para espantarla y que no hubiera querido volver a verme? Me gustaba demasiado para correr ese riesgo. Por eso mentí, como miente todo el mundo en esos casos. Que yo sepa, nadie consigue «ligar» con la verdad por delante.

—No, claro —admitió Tomás—. Pero hay pocos embusteros como tú, que se inventan una vida completa.

—Porque Monique me había contado la suya. Y entre su vida y la mía, no hay ninguna afinidad. Por eso tuve que inventarlo todo, para que me encontrara interesante y me siguiera tratando. Ella vive en París y es pianista. Ha dado conciertos con mucho éxito, que le proporcionaron fama y dinero. Yo en realidad vivo en Logroño, y soy fotógrafo. Tengo un estudio fotográfico en el que retrato a todas las parejas que se casan y a todos los niños que hacen la Primera Comunión. Y además de no ser rico ni famoso, soy casado y padre de tres hijos... ¿Crees que Monique me hubiera hecho caso si llego a contarle mi vida de verdad?

—No, claro —tuvo que reconocer Tomás.

—Por eso no la desmentí cuando me creyó pintor. Y como ella vive en París, yo trasladé mi estudio a Madrid. No porque me avergüence vivir en Logroño, que es una ciudad muy interesante donde hacen unas pastillas de café con leche estupendas, sino por crear una nueva afinidad: si Monique Dupont es una artista domiciliada en la capital de Francia, Carlos Ramírez tenía que tener una profesión equivalente y un domicilio en la capital de España. Y una vez inventado el domicilio, inventé también mi soledad.

—Te instalaste en Madrid, como quien dice, y dejaste en Logroño a toda tu familia.

—¿Y qué podía hacer, si Monique me gustaba a rabiar? —preguntó Carlos con vehemencia—. Con tal de no perderla, yo habría sido capaz de decir las mentiras más gordas.

—No creas que las que dijiste fueron flacas.

—Pero, gracias a ellas, Monique se interesó por mí. Y seguimos viéndonos todos los días. Y por fin...

—¿Qué pasó por fin?

—¿No te lo imaginas, imbécil?

—Sí —dijo Tomás—, pero prefiero que me lo cuentes tú.

—Pues que un día, en nuestro rincón favorito del «Manzanilla a gogó», ella me lo confesó:

»—¿Sabes una cosa, Carlos? »

—Tú dirás, Monique.

»—Que anoche fui muy feliz contigo.

»—Yo también, *mon amour* —dije con ternura, haciendo mi pinito de lengua francesa.

»—Eres un amante formidable, *chéri*.

»—Tampoco tú eres moco de pavo, rica.

»—¿Moco? —repitió extrañada—. ¿Qué quiere decir eso?

»—Moco en general —expliqué— es una porquería. Pero el de pavo, empleado de cierta manera, sirve para dar a entender que algo es maravilloso. Como tú, por ejemplo, que eres una maravilla.

»—También tú, entonces, eres un moco de esos. Y puesto que somos dos mocos maravillosos, vamos a ser muy dichosos. ¿No lo crees?

»—Estoy convencido.

»—Te convencerás más aún cuando sepas algo que nunca le dije a ningún hombre.

»—Dímelo, Monique. »

—*Que je t'aime.*

»—¿Cómo has dicho? —pregunté, pues no lo había entendido.

»—Que yo te amo —me tradujo ella—. Te lo digo en mi idioma, porque me suena más auténtico. Parece que los sentimientos, al traducirlos, pierden autenticidad: *Je t'aime*, Carlos. *Je t'aime!*

»—Y yo también a ti, Monique —correspondí a su confesión, abrazándola emocionado—. ¡Te quiero! Te quiero, y sea lo que Dios quiera.

»—¿Por qué dices eso? —me miró ella con extrañeza.

»—Porque nunca se sabe lo que puede ocurrir. Pero no pensemos en el futuro, y vivamos este presente maravilloso.

»—También podemos pensar en el futuro —dijo Monique—, puesto que Dios ha querido que nos encontráramos. Tú estabas solo y yo también. Gracias a Dios se terminaron nuestras soledades, porque nos hemos encontrado. Y estaremos siempre juntos, ¿verdad, *chéri*?

»—¡Sí, *mon amour!* —me entusiasmé—. ¡Siempre!... ¡Pase lo que pase!... ¡Nada podrá separarnos!...

Tomás no pudo contenerse y comentó:

—Perdona que te lo diga, chico, pero eres un perfecto sinvergüenza.

—Tienes razón —admitió Carlos sentándose muy abatido a los pies de la cama, junto a la maleta que aún no había terminado de llenar.

—Nunca pensé que un provinciano tan tranquilote como tú pudiera llegar a ser un sinvergonzón tan redomado.

—Sólo puedo decir en mi descargo que perdí desde el primer momento el control de mi voluntad. Y me entregué en cuerpo y alma a aquel amor, olvidándome de todo. Al fin y al cabo, mis vacaciones acababan de empezar y tenía un mes de libertad para hacer lo que me diese la gana. Tú en mi caso hubieras hecho lo mismo.

—Yo sí —reconoció Tomás—. Pero yo no tengo una esposa y tres niños en Logroño.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—¿Cómo que no? Después de todo lo que me has contado, creo que conviene recordártelo.

—Ella se encarga ya de recordármelo.

—¿Quién? ¿Monique?

—No, hombre: Enriqueta, mi mujer. Me escribe todos los días, preguntándome si me voy recuperando de la pleuresía. Pero cuando uno se enamora de verdad, no ve ningún obstáculo en su camino. El amor es ciego, Tomás.

—Por eso hay que andar con los ojos bien abiertos, para no caer en él y darse un batacazo como tú.

—No pude evitarlo —suspiró Carlos—. Fue más fuerte que yo. Y como tenía tantas semanas por delante... ¿Tú sabes lo que es vivir como flotando en una nube?

—Es tan poco seguro como tirarse de un avión sin paracaídas.

—Pero mientras flotas en la nube del amor, no te das cuenta del peligro que corres.

—¡La nube del amor! —se echó a reír Tomás—. Verdaderamente, si eres capaz de decir esas cursiladas, es que estás perdido.

—Mientras flotas —continuó Carlos sin hacerle caso—, tienes la sensación de que la ley de la gravedad ha desaparecido y nada te parece grave. Todo es leve, fácil y llevadero. No hay cargas pesadas ni problemas difíciles de resolver. Encuentras que la vida es buena, bonita, y hasta barata. Y los días pasan volando. Y las noches también. Y tú los oyes volar complacido, como si las alas del tiempo tuvieran música...

—Todo eso —comentó Tomás— lo siento yo también tomándome unas copas, y no me complico la vida.

—No seas vulgar —le reprochó Carlos antes de proseguir—. Hasta que de pronto, cuando sigues flotando en la nube, se te ocurre mirar el calendario. Y entonces te das cuenta de que ha pasado un mes sin darte cuenta.

—Y entonces, ¡pataplaf!, el morrón.

—¿Qué morrón?

—El que te pegas al caerte de la nube.

—No te caes, pero comprendes que las vacaciones han terminado; que tu trabajo te espera.

—Tu trabajo y Enriqueta.

—Comprendes también que tienes que tomar una decisión —continuó Carlos—. Eso hice yo cuando miré el calendario. Y aquel día, cuando fui al «Manzanilla a gogó», se lo dije a Monique.

—¿Qué le dijiste?

Y el fotógrafo logroñés le contó la escena que había tenido con su amada:

«—¿Sabes qué día es hoy, *mon amour*?

»—No —se encogió de hombros ella—. Pero se nota que el verano está acabando. Hoy por la mañana pasaron por el cielo unas nubes muy feas. Las primeras nubes que he visto desde que llegué.

»—Y mañana lloverá —pronostiqué. »

—¿Quién te lo ha dicho?

»—Lo ha anunciado en la “tele” el hombre del tiempo. »

—Puede equivocarse.

»—Imposible. Si se ha arriesgado a anunciar lluvia en la Costa del Sol, es porque habrá visto aproximarse la borrasca con sus propios ojos. A una zona turística tan importante no se le puede dar una mala noticia de esa envergadura sin tener la absoluta seguridad de que se confirmará.

»—Bueno, ¿y qué? —volvió a encogerse de hombros Monique—. Pues que llueva. El sol ha tostado ya mi piel tanto como yo quería, y tú has dado a mi corazón todo el calor que necesitaba.

»—Eso es verdad —me animé—. ¿Qué nos importa lo que pueda llover o lo que pueda pasar? Lo importante es que tú y yo estamos juntos. Y que estaremos juntos también, aunque caigan chuzos de punta.

»—¿Aunque caigan qué? —parpadeó ella sin comprender.

»—Chuzos de punta —repetí—. Es una clase de lluvia que no existe en Francia.

»—Ahora que mencionas a Francia —dijo mirándome—, pienso que tendremos que decidir lo que vamos a hacer. Porque hasta ahora yo vivía en París y tú en Madrid. Y aquí no podremos quedarnos mucho tiempo si empiezan a caer esos chuzos que dices.

»—No, claro —estuve de acuerdo—. También yo he pensado que deberíamos tomar una decisión. No puedo soportar la idea de separarme de ti.

»—Ni yo, Carlos. Y no nos separaremos, ¿verdad?

»—¡Claro que no! —me exalté, abrazándola apasionadamente.

»—¿Has imaginado lo maravillosa que puede ser la vida de dos artistas, unidos por el arte y el amor?

»—Me lo imagino constantemente, amor mío —suspiré—. Y te aseguro que no hay nada que me seduzca tanto como la idea de iniciar una nueva vida a tu lado. Después de darle muchas vueltas al asunto, he llegado a la conclusión de que por ti soy capaz de abandonarlo todo.

»—Pero ¡si no tendrás que abandonar nada, *mon coeur*!

»—¿Cómo que no? —exclamé, y añadí para mi capote—: ¡Eso crees tú, monina!
»

—¿No ha sido la pintura la única compañera que tuviste en tu vida solitaria?

»—La única, en efecto —mentí una vez más.

»—Pues no hará falta que la abandones, sino todo lo contrario —me tranquilizó Monique—: seguirás pintando. Y pintarás mejor que nunca, porque yo te inspiraré.

»—Tienes razón —empecé a entusiasmarme una vez más, como siempre que la tenía a mi lado y la miraba a los ojos—. Tú serás mi musa.

»—Y tú mi muso. »

—Musos no hay, querida.

»—Los habrá desde ahora —decidió ella—: tú serás el primero. ¿Sabes que cuanto más lo pienso, más me entusiasma la idea de no separarnos jamás?

»—Y a mí, *mon amour* —suspiré.

»—Nos inspiraremos mutuamente —se embolsó ella—. Mientras tú pintas, yo tocaré el piano en la veranda.

»—¿En dónde has dicho?

»—En la veranda de nuestra casa. Porque yo me figuro que nuestra casa tendrá una veranda con vistas hermosas. ¿A ti te gusta tener una veranda?

»—¡Pues claro! A mí me gusta todo lo que te guste a ti, aunque no sepa lo que es. Pero ya pensaremos en esos detalles cuando llegue el momento, ¿no te parece?

Hoy hace sol y estamos juntos. Preocuparnos de lo que haremos mañana es como abrir el paraguas cuando aún no ha empezado a llover.

»—Tienes razón, *chéri*. Tiempo habrá mañana para decidir los detalles, puesto que ya hemos decidido lo principal: que no nos separaremos nunca, pase lo que pase. Y ahora, aprovechemos estas horas de sol que nos quedan junto al mar...»

Carlos hizo una pausa para lanzar otro suspiro, y para guardar unas corbatas en la maleta.

—Y las aprovechamos al máximo —continuó—. Porque al día siguiente, como el hombre del tiempo había anunciado, empezó a llover.

—¡Y de qué manera! —dijo Tomás—. Ha estado lloviendo tres días sin parar.

—Con la lluvia llegó el fin del verano, y el momento de que Monique y yo tomáramos una decisión.

—¿Qué decisión tomasteis? —se interesó Tomás.

—La única que podíamos tomar, dada la intensidad de nuestros sentimientos respectivos.

—¿Cuál? —Marcharnos juntos.

—¿Estás loco?

—Completamente —admitió Carlos—. Empecé a estarlo cuando la conocí, y la locura me ha durado hasta ahora. Estoy citado con ella a las once en punto, para que huyamos hacia una nueva vida; hacia esa casa con veranda que encontraremos en alguna parte, en la que Monique hará música mientras yo pintaré al óleo.

—¡No digas disparates! —se indignó Tomás—. ¿Tú qué vas a pintar? ¡Todo eso es absurdo!

—Completamente absurdo, tienes razón, y yo lo he comprendido también. La lluvia ha sido como un jarro de agua fría que me ha hecho reaccionar.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Huir de aquí como había planeado, pero con algunas modificaciones en mi plan.

—¿Qué modificaciones?

—No me iré con Monique, sino solo.

—¿Solo? ¿Y adónde piensas ir?

—¡A Logroño, coño! —se enfadó Carlos—. ¿Adónde quieres que vaya? Vuelvo a mi casa; a mi ambiente; a mi mujer y a mis hijos; a mis fotografías de recién casados, de bautizos y primeras comuniones. Vuelvo a la realidad después de haber vivido un sueño maravilloso. Seré de nuevo el provinciano vulgar que siempre fui, porque ya tengo una vida hecha que no puedo deshacer.

—Eso te honra —le aplaudió Tomás—. Eres un valiente digno de admiración.

—¿Tú crees? —dudó Carlos, cerrando pensativo su maleta—. Quizá sea un cobarde digno de compasión.

—¿Por qué?

—Porque un valiente de verdad lo abandonaría todo para lanzarse a la aventura. Pero yo soy un pobre hombre que se acobarda por cuatro bobadas.

—¡Caramba! —exclamó Tomás—. Si llamas cuatro bobadas a tu mujer y a tus tres niños...

—Para otro cualquiera, puede que lo fuesen —suspiró Carlos, cerrando su maleta—. Mas para mí son un obstáculo que no puedo saltarme a la torera.

—Me parece muy bien que no te lo saltes —dijo su amigo—. Pero ¿qué harás con Monique?

—No la veré más.

—¿Cómo? ¿No piensas ir a la cita que tienes con ella?

—¡Claro que no!

—Eso, en cambio, me parece una canallada.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Carlos—. ¿Crees que tengo valor para ir a despedirme de ella? Ya te he dicho que soy un cobarde. No me considero capaz de decirle cara a cara:

»«—Me voy a Logroño, *mon amour*. Todo lo que te conté es mentira. No soy un pintor madrileño libre y solitario, sino un fotógrafo riojano cargado de mujer e hijos...»

»¿Te atreverías tú a hacer una confesión así?

—No lo sé —contestó Tomás—; porque yo no soy fotógrafo riojano, ni tengo mujer e hijos.

—Pero me comprendes.

—Eso sí: comprendo que te has portado como un cerdo, engañando a esa chica con tantas mentiras para al final dejarla plantada.

—No me lo recuerdes, haz el favor —suplicó Carlos.

—No hará falta recordártelo, porque tú no lo podrás olvidar —profetizó Tomás—. Durante mucho tiempo, te remorderá la conciencia por la faena que le has hecho a Monique.

—Tienes razón —murmuró Carlos muy deprimido, cogiendo su maleta y dirigiéndose a la puerta de la habitación—. Tardaré en olvidarla, pero no puedo hacer otra cosa. Un cobarde como yo tiene que elegir el mal menor.

»De manera que eludo el riesgo de una despedida, y me voy directamente a la estación.

»Perdóname esta última cobardía, Monique. Cuando llegues a las once al «Manzanilla a gogó», no habrá nadie en nuestro rincón. Me imagino que te sentarás a esperarme, pero yo no llegaré.

»Espérame sentada, mi amor, hasta que comprendas que ya no volverás a verme. Entonces, ponte furiosa conmigo. Llámame *cochon* y todo lo que se te ocurra; porque además de que me lo merezco, así me olvidarás más fácilmente.

»Adiós, Monique. Vuelvo a una ciudad que tú ni siquiera sabes que existe, pero donde está la única vida que yo debo vivir: a Logroño, *mon amour*...

Aquel mismo día, a la misma hora aproximadamente y en la habitación de otro hotel, Monique sacaba su ropa del armario y la iba metiendo en su maleta.

—¿Qué hora es? —preguntó a su amiga Lola, que fumaba un cigarrillo junto a la ventana.

—Las once menos veinte —dijo Lola, consultando su reloj.

—Tengo que darme prisa. Sólo me quedan veinte minutos.

—Entonces, ¿estás decidida?

—Completamente. Puedes trasladarte a esta habitación, que es mejor que la tuya y tiene vistas al mar.

—No vale la pena. Se me acaban las vacaciones dentro de dos días, y tendré que irme también. Y más triste que tú, porque a mí no me espera nadie.

—Carlos me esperará a las once en punto —le brillaron los ojos a Monique, mientras metía en la maleta un puñado de leve ropa interior—. En el «Manzanilla a gogó», en la mesa del rincón. Allí fue nuestra primera cita en Torremolinos, y allí será la última también. ¿Verdad que es bonito?

—Precioso —gruñó Lola con cierta envidia—. Yo, en cambio, no he conseguido citarme con nadie. Está visto que aquí las nacionales no tenemos nada que hacer. En cuanto se me arrima un hombre y le digo que soy de Valladolid, sale zumbando. Sin embargo, para vosotras las extranjeras, esto es llegar y besar el santo.

—En mi caso, así fue —recordó Monique—. Conocí a Carlos a las pocas horas de llegar.

—En el «Manzanilla a gogó», ya lo sé. Le confundiste con un camarero. Me lo has contado varias veces.

—Fue por mi parte un error formidable. ¿Cómo le llamáis vosotros? ¿Golpe de plancha?

—No, mujer —corrigió Lola—: planchazo.

—Pues eso —continuó Monique—: golpe de plancha o planchazo, viene a ser igual. Pero Carlos, en vez de ofenderse, se hizo pasar por camarero con mucho sentido del humor. Y desde aquel momento, me cayó simpático.

—Lo que yo digo: llegar y besar el santo.

—¡Oh, no! —protestó Monique—: no creas que le besé en cuanto le conocí. Eso no llegó hasta varios días más tarde. En contra de la voluntad de Carlos, naturalmente, que como buen español quiso precipitar las cosas desde el primer momento. Pero yo, cuando nos citamos al día siguiente en el «Manzanilla a gogó», le paré los pies. Y éste es otro dicho de vuestro idioma que no acabo de comprender.

—¿Qué dicho?

—Éste: ¿por qué decís «parar los pies», cuando lo que se para en realidad son las manos?

»—No, Carlos —le rechacé con suavidad, cuando él acertó demasiado la distancia que nos separaba en la mesa del bar—. No se acerque tanto, porque sólo he venido para que charlemos.

»—También yo —se disculpó él, un poco corrido—. Sólo me acerqué pensando que así charlaríamos mejor. Cuanto más cerca estemos, menos tendremos que gritar.

»—Yo le oigo perfectamente sin necesidad de que grite.

»—Ahora sí. Pero cuando empieza la música, se arma aquí un barullo que no hay quien se entienda.

»—Charlemos entonces antes que empiece la música —propuse yo. »

—Encantado —aceptó él—. ¿De dónde es usted?

»—De París —respondí. »

—Bonito pueblo. »

—¿Conoce usted París?

»—¡Ya lo creo!: la Torre Eiffel, el Arco del Triunfo, ese museo tan importante... ¿Quién no conoce París? —dijo Carlos con suficiencia antes de continuar su interrogatorio—: ¿Y dónde aprendió el castellano? Porque lo habla usted muy bien.

»—Lo aprendí viajando por la América Latina. ¿Conoce usted la América Latina?
»

—Por ese nombre, no —se puso serio él—. Los españoles la conocemos por Hispanoamérica.

»—Es verdad —me excusé—. Perdóneme.

»—Está usted perdonada —me sonrió—. ¿Ha viajado usted mucho por nuestras hijas?

»—¿Por dónde? —le pregunté extrañada.

»—Por las repúblicas hispanoamericanas —me aclaró—. Como España fue su Madre Patria, los españoles las consideramos hijas nuestras.

»—Son ustedes muy dueños.

»—No: ya no somos dueños en absoluto, pero seguimos considerándolas así por razones sentimentales. ¿Conoce usted bien esas repúblicas?

»—Pues sí —declaré—. Las he recorrido casi todas. Mi profesión me ha obligado a viajar muchísimo.

»—¿Es usted artista? »

—Sí. ¿Cómo lo adivinó?

»—Por sus viajes. Todos los artistas suelen emprender largas *tournées*... »

—Efectivamente. Y mis *tournées* fueron larguísimas. He recorrido América y Europa, dando conciertos.

»—¿De qué? —quiso saber él.

»—De piano —le contesté—. Soy pianista.

»—Pues aunque usted no lo crea, lo había adivinado también. »

—¿Es posible? —me sorprendí.

»—Lo adiviné al fijarme en sus manos —dijo Carlos, apoderándose de mi mano izquierda, que yo había dejado sobre la mesa—. Estos dedos finos y largos están hechos para acariciar el teclado del piano. Basta con ver estas manos para comprender que pertenecen a una pianista.

»—Si para comprenderlo basta con verlas, no es necesario tocarlas —dije amablemente, retirando la mano que él me había cogido.

»—Pero el tacto es un complemento importante para reforzar mi juicio visual — justificó Carlos su maniobra antes de añadir—: Siga hablándome de usted; de sus inquietudes artísticas; de su vida en general...

Monique fue a sacar más ropa del armario. Y mientras doblaba unas minifaldas para meterlas en su maleta, continuó:

—Y le conté que siendo yo muy niña, durante la última guerra mundial, mis padres murieron en un bombardeo.

—¡Qué horror! —exclamó Lola.

—Le conté también que fui recogida por una hermana de mi madre, que era cantante en la Ópera de París. Y al lado de mi tía, inicié mi brillante carrera musical. Tan brillante que a los quince años di mi primer concierto con un éxito formidable.

—¿De veras le contaste todo eso? —se asombró Lola—. ¡Qué bárbara, chica! Tienes una imaginación fantástica.

—No lo creas. En realidad, todo eso no lo inventé —confesó Monique—: era lo que le había pasado a la protagonista de una novela que acababa de leer. Y como en algunos aspectos de su vida se parecía a la mía...

—¿En qué aspectos, guapa? Porque todo lo que yo sé de ti no concuerda en absoluto con esa historia.

—Sí, mujer —protestó Monique—. La orfandad, sin ir más lejos. Yo también soy huérfana.

—Pero tus padres no murieron en ningún bombardeo, sino en una epidemia de gripe.

—Pero no me negarás que un bombardeo suena mucho mejor.

—Eso sí —tuvo que reconocer Lola.

—Contar que murieron de la gripe —se justificó Monique— da siempre un poco de risa. No es una muerte patética, sino más bien ridícula. Y yo quería impresionar a Carlos.

—Supongo que lo conseguirías con esa serie de mentiras impresionantes.

—Decirle que soy de París, que he vivido en París toda mi vida, es una mentira muy corriente. Todas las francesas, en cuanto salimos de Francia, decimos que somos de París. Eso les gusta a los extranjeros, que de nuestro país sólo admiran nuestra capital, y a nosotras no nos cuesta ningún trabajo. De manera que esa mentirilla carece de importancia.

—Ésa puede ser —admitió Lola—. Pero todas las demás... Hace falta mucha cara para sacarse de la manga una tía cantante de ópera, y una carrera de pianista famosa.

—Eso lo saqué de la novela que había leído.

—Lo supongo. Una historia tan exagerada no se le ocurre a cualquiera así como así.

—Será todo lo exagerada que quieras —continuó Monique guardando unas blusitas en la maleta—, pero es en todo caso mucho más bonita que la mía. Y como dadas las circunstancias, la mía no se la podía contar...

—¿Por qué no?

—Vamos, no preguntes tonterías —se enfadó Monique—. Ponte en mi caso y lo comprenderás. Si tú encontraras a un hombre interesante y con facha de artista; si ese hombre te gustara desde el primer momento y tú comprendieras que también le habías gustado a él, ¿ibas a decepcionarle contándole que sólo eres una estúpida y una pobre desgraciada?

—No creo que a mí me caiga nunca esa breva —suspiró Lola—. Pero si me cayera, supongo que procuraría no decepcionarle.

—Pues eso mismo hice yo, y por eso me callé mi verdadera historia. ¿Iba a contarle a un hombre tan importante como él que siempre he vivido en Toulouse, donde también nací? ¿Iba a confesarle que al morir mis padres de la gripe me recogió una tía, sí; pero que esa tía no era una cantante de la ópera de París, ¿sino la dueña de una pensión de Toulouse? Y si le dije que el castellano lo estudié viajando por la América Latina, fue porque me dio vergüenza decirle la verdad: que lo aprendí en Toulouse sirviendo a los huéspedes de la pensión de mi tía, que eran casi todos exiliados españoles. ¿Crees que un hombre de la categoría de Carlos, un artista tan sensible, un pintor del gran mundo, podría enamorarse de una desgraciada como yo?

—Desgraciada hasta cierto punto —opinó Lola—, puesto que al morir tu tía heredaste la pensión. Y aunque Toulouse no sea la Costa del Sol, la hostelería es ahora un buen negocio en cualquier parte.

—No me considero desgraciada sólo por eso, sino por todo lo demás que tampoco le conté. Porque no iba a contarle que hace dos años me casé con un sinvergüenza que me abandonó el mes pasado.

—No, claro —le dio la razón Lola—. Eso comprendo que no se lo contaras de golpe y porrazo.

—También me callé lo del niño.

—Es lógico. Si no le hablaste de tu marido, no podías hablarle de tu hijo. Cuando se silencia un matrimonio, hay que silenciar también sus consecuencias.

—Sé que hice mal silenciando tantas cosas y dándole una idea completamente falsa de cómo soy y cómo he vivido —admitió Monique—. Pero tuvo la culpa el amor. Porque me enamoré de Carlos. Fue... ¿cómo llamáis a eso en España? Un golpe de flecha, ¿no?

—No —corrigió Lola—: un flechazo.

—Pues un flechazo por partida doble. Porque me dio en el corazón, y me hizo perder la cabeza.

—Reconoce que tú eras un blanco bastante dispuesto a recibir un flechazo de esos —dijo Lola—. Al fin y al cabo, viniste aquí para olvidar la charranada que te hizo tu marido.

—Puede que mi buena disposición para el olvido del pasado me ayudara a entregarme a este nuevo sentimiento. Y me entregué con tanto entusiasmo, que lo olvidé todo. Tú en mi caso, querida Lola, hubieras hecho lo mismo.

—Yo sí —admitió la vallisoletana—. Pero yo no soy dueña de una pensión ni tengo un hijo en Toulouse.

—Cuando una se enamora de verdad, no ve ningún obstáculo en su camino. El amor es ciego.

—Todos los enamorados dicen lo mismo para justificar sus tonterías.

—O sus locuras —añadió Monique, cerrando el armario que ya había vaciado y metiendo en su maleta las últimas cosas—. Porque una verdadera pasión te hace sentirte capaz de cometer cualquier disparate.

—Espero que tú no habrás pensado en cometer ninguno, ¿verdad? —dijo Lola, preocupada.

—¡Ya lo creo! Hace días que lo pensé, y se lo dije a Carlos. ¿Qué le dijiste?

—Que quería huir con él de mi pasado.

—¿Estás loca? —se asustó Lola.

—Completamente —admitió Monique—. Empecé a estarlo cuando le conocí, y la locura me ha durado hasta ahora. Estoy citada con Carlos a las once, para marcharnos juntos hacia una nueva vida.

—¿Hablas en serio?

—Desde luego. ¿Tú sabes lo hermoso que es pensar en romper con todo y empezar a vivir como si acabaras de nacer?

—Muy hermoso, en efecto —estuvo de acuerdo Lola—, pero muy difícil también.

—Difícil, no —corrigió Monique—: imposible. Como todos los sueños demasiado bonitos, es también irrealizable.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Huir de aquí, pero sola.

—¿Y adónde piensas ir?

—Pues a Toulouse, naturalmente —dijo Monique, cerrando su maleta—. Vuelvo al lado de mi hijo; a mi pensión y a mis huéspedes. Vuelvo a la realidad después de haber vivido un sueño maravilloso.

—¿Y tu cita con Carlos?

—No iré. ¿Crees que tengo valor para despedirme de él? No me considero capaz de decirle cara a cara:

»«—Me voy a Toulouse, *mon amour*. Todo lo que te conté es mentira. No soy una pianista parisiense, sino una madrecita provinciana».

»Sería muy duro, ¿comprendes?

—Sí, claro —comprendió Lola.

—Por eso no voy a despedirme —dijo Monique cogiendo su maleta y dirigiéndose a la puerta—, y me marché directamente al aeropuerto.

»Perdóname, Carlos —murmuró antes de salir—. Cuando llegues a las once al «Manzanilla a gogó», no habrá nadie en nuestro rincón. Me imagino que te sentarás a esperarme, pero yo no llegaré. Espérame sentado, hasta que comprendas que ya no volverás a verme. Adiós, Carlos. Adiós, *mon amour*...